

Hamlet.—There are more things in heaven and earth, Horatio, than are dreamt of in your philosophy.

Shakespeare

Esto lo contó una anciana con su voz ronqueta y temblorosa.

Era una viejuquita suave que sujetaba sus ralos mechones blancos con un cintillo negro y que cubría los hombros con un pesado pañuelo de seda blanca y oloroso a raíz de violeta.

Lo relató mientras arrollaba cigarrillos en papel amarillo con sus manos sarmentosas y torpes. De un azafatito de metal cogía el tabaco picado, curado con aguardiente, miel, cáscaras de lima y hojas de higo.

—¿Que si me han espantado alguna vez?—respondió.—No, espantarme no. ¡Qué va a ser! Muy lejos estuvo aquello de espantarme.

Y la voz de la anciana se puso a temblar con el encanto con que tiembla el reflejo de una estrella en una onda tranquila.

Hacía tiempos que aquel recuerdo dormía, pero pocos días antes un cierto hecho lo hizo despertar y subir a flor de memoria. Fué mientras derribaban la vieja casona: un fabricante de instrumentos de cuerda vino a comprarle unos marcos de ventana, casi seculares, para aprovechar en cajas de violín la madera seca y sonora. Le mostraba ella misma dos gruesos tabloncillos que yacían cerca del brocal del pozo, cuando un peón al abrir una zanja puso al descubierto un pedrejón cuya forma era la de un triángulo curvilíneo irregular.

Al punto en la memoria de la anciana aquel recuerdo comenzó a abrirse paso como lo haría, desde la profundidad de una cueva, el hilo de humo que subiera del montón de hojas secas en donde una chispa hubiese prendido su lengüecilla voraz.

Al removerse la piedra se vió que cubría la boca de un hoyo profundo, en el fondo del cual, sobre un lecho de pulidas guijas, estaba todo aquello que la anciana recogiera y guardara en el arconcito de madera de perfumado cedro que ahora nos tendía, mientras en su boca desdentada y marchita brillaba una sonrisa.

En la pequeña arca había un mundo de cosas inocentes: animalitos modelados en arcilla con mucho primor, caracoles, conchas, frijolitos rojos de poró, unos trompos diminutos que no eran otra cosa

que la semilla apuyonada de quien sabe qué fruto, pedacillos de vidrio de colores, palitos, etc.

Y hé aquí la fuente de este recuerdo y lo que significaban todos aquellos objetos sin valor:

Cuando quedó huérfana en edad muy temprana, la tomaron a su cuidado unos tíos: el padre José, un sacerdote más loco que bueno y Teresa, una solterona mística, silenciosa, que jamás aventuraba ni la punta de la nariz fuera de sus dominios. Tampoco permitían a la niña traspasar hacia la calle el umbral de la casa. La pobre criatura pasaba el tiempo vagando por la casona llena de muebles inmensos y negros, durante la época de las lluvias y recorriendo el vasto solar sombreado por grandes árboles en el verano. A veces pasaba días enteros encaramada en las ramas de un mango corpulento.

¡Cómo se aburrían aquellos seis años en ese ambiente gris y silencioso y entre los dos loquinaros!

Ahora no sabía la viejuquita si se trataba de un sueño o de una realidad. ¡Qué maraña se había hecho en su cabeza con los hilos del ensueño y los de la realidad! No sabía en dónde empezaba el uno y terminaba la otra... ¡Cuán pare-

cidos eran! El caso fué que en una ocasión le pareció oír que su madre contaba a alguien, cómo, bajo el pedrejón cerca del pozo, estaba enterrado un hijito suyo, mayor que Antonia (Antonia es la viejecita que nos narraba su aventura); el chiquito murió al nacer; sólo alcanzó las aguas del bautizo. Lo llamaron Baltasar, el nombre de uno de los Reyes Magos, porque nació el día de la Epifanía.

Una vez, la niña quiso escurrirse por un vano de la espinosa cerca de tuna, a jugar con unos chiquillos de la vecindad, pero la sorprendió la tía Teresa y se la llevó de una oreja para la casa. La chiquilla se sentó a llorar bajo el cobertizo que protegía el pozo, con la cabeza apoyada en la piedra bajo la que, según contara su madre, estaba enterrado su hermanito Baltasar.

¡Si ella tuviese alguien con quien jugar! ¡Si Baltasar viniera a jugar con ella!

Y quiso en vano remover el pedrejón. ¡Pero era tan grande...!

Acercó entonces la frente al intersticio que quedaba entre la piedra y el suelo y comenzó a llamar:

—¡Baltasar! ¡Baltasar! ¡Hermanito!

¿Qué haría el niño bajo la piedra? Seguro estaría durmiendo... ¡Si saliera!...

La MANO del BIERMANITO Baltasar



Carmen LYRA

—¡Baltasar! ¡Baltasar!

Si saliera, le enseñaría el nido de ardilla que estaba en el palo de mango!

—¡Baltasar! ¡Baltasar!—seguía llamando desesperada, con la voz empapada en lágrimas.

El llanto había dejado unas manchitas negras en el polvo.

De muy hondo, de muy hondo o de muy lejos, de muy lejos vino una voz pequeñita, fresca, frágil, ondulante como una hebra de lluvia enredada entre el ramaje:

—Ya voy! Ya voy, oy, oy...

La brisa pasó sobre los árboles y dejó inquietas las ramas más altas.

La niña miró asombrada en torno suyo.

De pronto sintió que unos deditos acariciaban la mano que tenía apoyada en el suelo.

De debajo de la piedra salía una manecita infantil, blanca, con unos hoyuelos muy monos en el dorso y unas uñas sonrosadas, tiernas. Parecía una estrella o un ramito de verbenas nacaradas.

Con mucho mimo dejó en una de las manos de Antonia un puñado de rojos frijolitos de poró, con los cuales se pusieron a jugar de no sé qué cosas.

Parece que al anochecer la tía Teresa encontró la muchachita dormida, la cabeza sobre la piedra, el rostro plácido mojado en llanto.

Parece también, que desde aquel día, el aburrimiento no volvió a abrumar la cabeza de la niña. Se la veía sentada, las horas muertas, cerca de la piedra, entretenida en hacer volar las arañitas de globillos de diente de león; o bien alineando o disponiendo en diferentes formas, rojos frijolitos de poró, conchas, caracoles, trozos de vidrio de colores, vellones de musgo fresco, animalillos muy bien modelados en barro de olla; ya jugando con unos trompos chiquirritillos que no eran otra cosa que el hueso de cierta fruta; ya acomodando y desacomodando la ropita de la Virgen —las semillas primorosas de la petaquilla,—esa enredadera tan común en nuestros climas cálidos.

En la mañana apenas se levantaba iba a llamar pasito por el intersticio entre la piedra y el suelo:

—Baltasar, aquí estoy.

A poco rato iba asomando con sus preciosos dones la manecita regordeta y tan fresca que daban ganas de comérsela a besos. Ayudaba a la niña a hacer con palitos, las cercas más graciosas que es posible

imaginar, para encerrar gallinas, patos y vacas de arcilla; a poner portales con el musgo húmedo y perfumado que parecía acabado de coger de la montaña; a disponer en dibujos armoniosos los pedazos de vidrios de colores, los frijolillos, caracoles, etc. ¡Y con cuánta habilidad hacía bailar los trompos!

Las horas de almuerzo y comida se le hacían eternas y apenas sus tíos descuidaban los bocados para volver a sus musarañas, la chacanlincilla se escabullía en busca de la pequeña amiga que vivía bajo el pedrejón del pozo. Y cuando

a la oración la llamaban para ir a rezar el rosario y a acostarse, la manecita recogía los tesoros, los guardaba en quien sabe qué profundidades y por último se ponía a hacer cosquillas en la cara de la niña o a enmarañarle el cabello cuando ella acostaba la cabeza en el suelo.

—Hasta mañana, Baltasar, que Dios te dé buena noche...

—Hasta mañana...aaaaa...

Pasaba el viento; el silencio se ponía a murmurar en los árboles y la noche comenzaba a tejer entre el follaje del mango, en el cual ya no se sentía removerse la ardilla.

El yerno de la señora entró cuando ella terminaba de narrarnos su maravillosa aventura y nos mostraba el contenido de la arquita.

Se echó a reír con risa torpe que le puso a temblar cachetes y barriga, y a espaldas de la señora se tocó la frente con gesto burlón como advirtiéndonos que no le hiciéramos caso, porque se trataba de una razón que andaba patas arriba.

La viejica seguía pasando sobre aquellas pobres cosas sin valor su inocente sonrisa que era para mí como una lamparita de aceite encendida para

sacarlas de la oscuridad y poner de manifiesto ante nuestros ojos el misterioso encanto que encerraban.

El yerno se puso a pasear a lo largo de la sala, mirando la escena con burla compasiva. ¿Cómo podía alguien prestar atención a semejantes boberías? A él, en cambio, le faltaba tiempo para resolver los trascendentales asuntos que el país había puesto en sus manos.

Como era secretario de estado se creía un personaje muy importante, muy importante.

(Inédito. De *Las fantasías de Juan Silvestre*.)

Se honra al filósofo Bergson

(Viene de la página 88)

en el centro del Barrio Latino, cerca del Panthéon, la Bibliothéque Ste. Etienne du Mont. Había en la clase cerca de sesenta jóvenes, entre 18 y 20 años en su mayoría, dedicados a hacerse maestros, quienes se preparaban para la Ecole Normale Supérieure. Fué allí en donde por primera vez oí la voz de M. Bergson.

Antes de entrar a la pequeña aula había ruido y zumbidos como en una colmena. Pero no bien la silueta delgada de Bergson había aparecido en el umbral, cuando todo el estruendo se detenía como por milagro. Sobrevenía un silencio religioso. Bergson, joven por entonces, pues no tenía más allá de treinta años, avanzaba rápidamente hacia la plataforma y comenzaba a hablar.

Su cara era delicada, algo delgada, como si su fuerza interior, el fuego de su mente, existieran a despecho de su contextura corporal; su frente era muy ancha. Lo que en su fisonomía sobresalía especialmente eran sus ojos, fijos, con una intensidad notable, y una penetración vigorosa, como mirando hacia el interior en contemplación subjetiva. Su voz, delicada y débil como su cuerpo, pero se caracterizaba por tal claridad y precisión que ni una palabra se perdía. Su dicción era lenta, uniforme, obedeciendo perfectamente a su pensamiento; había tal perfección de forma, limpidez de estilo, que las frases más cortas eran forjadas con idéntico cuidado y exactitud, con la misma pureza que si hubieran sido escritas por adelantado. Es difícil dar una idea de la admiración y entusiasmo que la enseñanza de Bergson despertó en todos nosotros.

La notable originalidad de su pensamiento filosófico (todo lo que en su doctrina era novedad, sutileza y admiración, iba unido a una facilidad de expresión) aparecía en una forma de originalidad tan agradable, que daba a sus pláticas un elemento de encanto.

Aquellos de nosotros que lo oímos, que leímos sus primeros libros en las postrimerías del último siglo, fuimos tocados de su influencia en un grado inimaginable. Deseosos de que otros participaran de nuestra admiración, comen-

zamos a esparcir su doctrina. En ese tiempo la fama de Bergson estaba confinada a un pequeño grupo de admiradores, y para el gran público era enteramente desconocido.

Al terminar mis exámenes, en vez de seguir el profesorado, opté por el periodismo. No obstante, todas las semanas asistía a las pláticas de Bergson en el Collège de France. El auditorio, dos o tres docenas de oyentes, muchos de los cuales se acercaban durante el invierno tan sólo a recibir calor, se perdía casi en el espacioso anfiteatro.

Corto tiempo después hice un viaje que me tomó dos o tres años. Al regresar a París quise oír una vez más a Bergson, habiendo estado durante mi viaje en correspondencia con él. Al llegar al Collège de France me sorprendió ver una larga fila de carruajes extendida hasta la puerta.

«¿Qué hacen aquí todos estos carruajes?», pregunté al conserje.

Me miró con aire de sorpresa y de piedad.

«Como consecuencia de las pláticas de Bergson, desde luego», me respondió.

Mi sorpresa se redobló cuando a la puerta del anfiteatro, que tres años antes había estado vacío en sus tres cuartas partes, fui apiñado y empujado por una muchedumbre que en vano trataba de penetrar. Bergson se había vuelto famoso. Había pasado repentinamente de la oscuridad a la notoriedad. Este proceso, como acontece en París, se había efectuado con increíble rapidez. Damas con turbantes, pieles y penachos de plumas, llegaban en multitud a escuchar sus conferencias. Sus teorías eran discutidas en los banquetes de rango, entre el *foie gras* y el postre.

Aunque un buen número de personas imaginen lo contrario, las ideas básicas de la doctrina de Bergson no son difíciles de comprender. Todo el que esté previsto de un conocimiento rudimentario de la filosofía puede, con poco esfuerzo, prepararse para comprenderlas. Es, sin embargo, importante la forma de llegar a ellas. Es esencial seguir el camino propio, tener un hilo de Ariadna.

Si al acaso manoseas libros como *Materia y Memoria* o *Evolución Creadora*, puedes perderte en el laberinto. Es más simple comenzar por el principio, leer los primeros libros de Bergson, *Los Antecedentes inmediatos de la Conciencia*, y seguir así el desarrollo de su doctrina a la vez cronológica y lógicamente. Es una corriente que debe seguirse desde su nacimiento.

¿Cuáles son los fundamentos de las teorías de Bergson? Primero que todo, unos pocos hechos que caen dentro del campo de observación corriente, cuya realidad es fácil para todos verificar. Lo que llamamos tiempo, dice Bergson, es decir, duración medida por las manecillas de un reloj o los días de un calendario, no es en absoluto la duración real como es revelada por nuestra conciencia. El simple hecho de ser mensurable muestra que pertenece meramente al espacio, porque sólo el espacio está sujeto a medida. El tiempo real, como nuestra conciencia nos pone en condiciones de entenderlo, estos «antecedentes inmediatos de la conciencia», nada tiene que ver con esa suerte de duración. Es algo de naturaleza especial sin semejanza con ninguna otra cosa.

Cuando oímos a alguien que dice, «Se me hizo ese minuto un siglo», caemos, sin sospecharlo, en el propio centro, en el corazón del pensamiento de Bergson. Este minuto de que hablamos es —actualmente, considerablemente,— realmente—mucho más largo que aquellos que lo han precedido y seguido. Porque la medida real de un estado de la mente no es el número de minutos o segundos que ella soporta, sino la plenitud e intensidad de las sensaciones que despierta en nosotros. Esta es la duración real, como nuestra conciencia nos pone en condiciones de sorprenderla.

Dostoievsky, autor de *Crimen y Castigo* y de la obra admirable *La Casa de Muertos*, una de las novelas más bellas que se han escrito, relata en una de las curiosas páginas de sus memorias, que, condenado a muerte por el Gobierno de los Czares, en virtud de haber tomado parte en una conspiración, fué conducido a la horca. Se le colocó en medio de una fila de condenados y calculó que podría vivir cuatros o cinco minutos antes de que llegara su turno. Durante este tiempo,